

VEJADA

LITERARIO-MUSICAL

EN HONOR DEL ILMO. Y RVMO. SR. ARZOBISPO

DOCTOR DON

PEDRO RAFAEL GONZÁLEZ CALISTO

CON MOTIVO

DEL VIGÉSIMO QUINTO ANIVERSARIO

DE SU CONSAGRACION EPISCOPAL

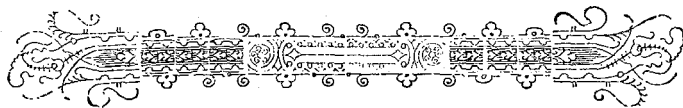
EL 27 DE DICIEMBRE DE 1901



QUITO

Imprenta del Clero

Compravado al Sr. Antonio Rivadeneira
el 25 de Julio de 1912



EL ILMO. SR. DR.

D. Pedro Rafael González Calisto



CELEBRAR el vigésimo quinto aniversario de la consagración episcopal del virtuoso Metropolitano, cuyo respetable nombre hemos puesto al frente de estas líneas, hemos observado con placer el entusiasmo con que todos, á una, se han esmerado, mejor dicho, se

han disputado la honra de manifestar al digno Prelado el amor y respeto que le tienen cuantos están sujetos á su paternal autoridad.

Los habitantes de las ciudades, como los moradores de los campos; los ricos como los pobres; los de elevada posesión social, como los de condición humilde; todos, todos sin distinción alguna, parece que en esta época se han visto dominados por una sola idea: contribuir á la mayor pompa de las fiestas que, en homenaje á la virtud y ciencia del Pastor, se han preparado.

Pronto se publicará la relación detallada de tan cariñosas y tiernas manifestaciones; pues nosotros al escribir estos rasgos, que servirán de introducción al folleto en que se publican los discursos de la Velada literaria y musical del día 27 del mes en curso, nos hemos propuesto tan sólo contribuir, siquiera sea con humilde flor, á la formación de la corona que la Patria prepara para ornar la frente del sacerdote modelo, del prelado virtuoso y noble, del patriota distinguido, del amigo culto y leal, que, en premio á sus merecimientos, ocupa el primer puesto del ilustrado clero ecuatoriano.

Si nada hay en el mundo de más subido precio que la virtud; si ante ella se postran reverentes las ciencias y las artes, el talento y el genio, el valor y cuantas más prendas

pueden admirarse en la humanidad; nada encontramos tampoco en esta época en que, especialmente entre nosotros, la impiedad trata de señorear con sin igual cinismo, que haya enaltecido más al Ilmo. Sr. González Calisto que el esmero y solicitud con que ha practicado las sabias enseñanzas del Hombre-Dios en la corta pero luminosa permanencia de El entre los mortales.

Los apuntamientos biográficos que siguen, entresacados de fuentes fidedignas, pondrán de manifiesto la verdad de lo que precede, y harán resaltar la importante y simpática personalidad del eminente ecuatoriano en que nos ocupamos, al que siempre hemos admirado con especial respeto á la vez que con positivo cariño.

En esta ciudad de San Francisco de Quito, el día 24 de Octubre de 1.839, nació el que días después, en la pila bautismal, recibió los nombres de Pedro Rafael, hijo legítimo del notable chileno Sr. D. José Miguel González y de la respetable matrona quiteña Sra. D. María Calisto.

Hechos los primeros estudios con notable aprovechamiento en la escuela primaria y el Seminario de San Luis, se graduó de Maestro en Filosofía y Literatura, el 25 de Noviembre de 1857, en la Universidad central de la República

Si desde niño se distinguió el Sr. Gon-

zález Calisto por su acendrada piedad, esta iba tomando mayores proporciones á manera que aumentaba el caudal de sus conocimientos. Convencido luego, como dijo un afamado poeta español de nuestros días, de que

“Mejor á Dios te elevas cuando te humillas:
¡Nunca es más grande el hombre que de rodillas!”

pronto se decidió á abrazar la carrera eclesiástica, para así consagrarse de modo más solícito y constante al servicio de su Dios y Padre. Al efecto marchó á Roma é hizo sus estudios de las teologías moral y dogmática, en ese centro de ciencia y virtud que los sabios hijos de San Ignacio dirigen con el nombre de Colegio Pío Latino-Americano, en el que, con aplauso de sus profesores y compañeros, terminó su carrera de teólogo, coronándola en 28 de Enero de 1865, con las borlas del doctorado obtenidas en la famosa Universidad Gregoriana.

Antes de esto, en 1864, había recibido ya las órdenes del presbiterado en la Capilla de San Juan de Letrán; y, lleno de ternura y emoción, celebrado su primera Misa sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

La particular estima con que le honró en esa época el santo y sabio Pontífice Pío IX, hizo que al despedirse el joven sacerdote del augusto Vicario de Cristo, le concediese éste, entre otras honrosas distinciones, el tí-

tulo de Monseñor, con el que regresó á su patria, no sin haber antes marchado á Jerusalén, recorrido el teatro de las más admirables y grandiosas escenas del cristianismo, y humedecido con sus lágrimas el sepulcro en que, por pocas horas, descansó el adorable cuerpo del Divino Redentor del mundo.

En 1866 respiró nuevamente el ambiente puro, suave y delicioso de la tierra en que se mereció la cuna del Sr. Dr. González Calisto. Apenas llegó, mereció los honrosos nombramientos de Canónigo honorario de la Catedral de Ibarra y Examinador Sinodal de la Arquidiócesis que, en premio á sus virtudes y ciencia, le confirieron respectivamente el Obispo de aquella diócesis, Ilmo. Sr. Dr. D. José I. Checa, y el entonces Arzobispo de Quito, Ilmo Sr. Riofrío.

Hasta el 3 de Marzo de 1872 en que, después de un brillante examen, obtuvo por oposición la Canonjía Teologal de Quito, fueron varios los cargos desempeñados por nuestro actual Arzobispo, siendo los más notables el de Provicario general, el de Teólogo del segundo Concilio provincial quitense, el de Profesor de Teología en el Seminario, el de Defensor de matrimonios y el de Secretario del Arzobispado, en todos los cuales se distinguió por su notoria competencia y laboriosidad. Poco después, el Ilmo. Sr. Checa le eligió para que le acompañase en el gobierno de la Arquidiócesis, en el difícil cargo de Vicario

General, y reunido el tercer Concilio provincial fué nombrado promotor de él.

En 1876 el Ilmo. Sr. Dr. D. Antonio Iturralde elevó su renuncia del Obispado de Ibarra, por poderosos motivos de salud que no desatendió la Silla Romana. Entonces la junta ocasional que, conforme á la Constitución de la República, debía elegir al nuevo Obispo de aquella diócesis, designó para la presentación ante el Vaticano, como el más digno de ocupar ese puesto, al Canónigo Sr. Dr. González Calisto, que fué preconizado en Roma el día 26 de Noviembre de aquel año. Llegadas las bulas se consagró, con gran solemnidad, en la Iglesia Catedral de Quito el 27 de Diciembre del mismo año.

Poco después se posesionó de su nuevo y elevado cargo, y las provincias del Carchi é Imbabura, sujetas á su jurisdicción, comenzaron á experimentar los imponderables beneficios de su apostólico y atinado gobierno. Grandes mejoras morales y materiales se llevaron á cabo á iniciativa y con la constante cooperación del infatigable Obispo, el que, aun con su pequeña renta, se complacía en subvencionar las obras que descaba llevar á cabo. El establecimiento del Colegio Seminario en hermoso y cómodo edificio, la Escuela de los Hermanos Cristianos, el Colegio de las Hermanas de la Caridad, el de las Madres Betlemitas, el espacioso y bien cons-

truido Hospital, la Iglesia parroquial, el Palacio y Capilla episcopal, la Iglesia Catedral y otras muchas, que sería largo enumerar, obras fueron en su totalidad las más, y en parte las restantes, debidas exclusivamente á la tenacidad y constancia del Ilmo. Sr. González, que no escatimó sacrificios para dar cima á cuanto; á juicio de él, podía redundar en beneficio de esas dos notables y valerosas provincias. Por esto los habitantes de Imbabura y el Carchi, que correspondieron con filial amor los diarios y bien conocidos esfuerzos de su Prelado, no olvidan ni olvidar pueden á su bondadoso, justo, caritativo y abnegado Obispo; y si hoy tienen á verdadera honra el estar regidos por el sabio Pastor é Historiador Ecuatoriano, no por eso dejan de sentir y extrañar la presencia de quien supo captarse, de modo especial, su gratitud y respeto.

Corría el año de 1893. La República estaba gobernada por un patriota de alta talla, probo, republicano y magnánimo como pocos, el Sr. Dr. D. Luis Cordero; y el Arzobispado de Quito lo ejercía ese hombre sobresaliente por su virtud, talento y carácter, Ilmo. Sr. Dr. D. José I. Ordóñez. Las relaciones entre los dos poderes eran estrechas y cordiales; la Iglesia gozaba tranquila y feliz de sus prerrogativas y derechos, y la República marchaba por una era de paz, garantías y progreso que no podrá menos de

ser recomendada en alto grado por la Historia. En breve, y cual si hubiera sido un presagio de la tormenta que iba á desencadenarse sobre el Ecuador, el Ilmo. Sr. Ordóñez se vió atacado de grave y penosa enfermedad que no le permitió continuar con la misma asiduidad que antes, en las labores de su elevado puesto, y le obligó á pedir un Obispo auxiliar con derecho á la sucesión. El Ilmo. Sr. González Calisto, que lleno de celo pastoral y de recomendable constancia gobernaba su diócesis, fué designado para este cargo. Inmensa fué la sorpresa del Obispo de Ibarra al tener conocimiento de tal designación; pero su humildad tuvo que ceder ante la confirmación del Pastor universal, y trasladado á Quito con el título de Arzobispo de Cinnade comenzó á ejercer las funciones de la nueva dignidad á que se había hecho merecedor, hasta que, muerto poco después el Ilmo. Sr. Ordóñez, continuó en ellas con el carácter ya de Arzobispo de Quito.

Desde entonces hemos visto al Ilmo. Sr. González que, cual verdadero apóstol de Jesucristo, ha seguido las luminosas huellas de su Divino Maestro con inapreciables tino, sagacidad, virtud y talento; y si en su administración ha tenido días de verdadero júbilo, también es mucho muchísimo lo que ha sufrido, con envidiable resignación cristiana, durante el fatídico régimen que, por fortuna, terminó el 1º de Setiembre último.

Si la principal consigna de ese funesto gobierno fué la guerra más descarada y cruel al bien y á los buenos, natural era que Su Señoría fuese una de sus principales víctimas.-----

Empero, el Cielo que siempre vela por los suyos, y como para conceder algún lenitivo á los padecimientos últimos, hizo que el Ilmo. Sr. González fuese llamado á Roma á tomar parte en el Concilio Plenario Latino Americano; y allí, en la Ciudad Eterna, á la vez que fué objeto de especiales y merecidas distinciones de parte de sus compañeros, tuvo el gratisimo consuelo de ver fortalecido su espíritu con las consoladoras y sublimes palabras del ilustre Genio que rige los destinos del catolicismo.

Antes de regresar á su patria, una vez terminadas las sesiones del Concilio, visitó nuestro Arzobispo muchos de los más notables santuarios de Europa y Sudamérica; siendo objeto de afectuosas manifestaciones en los lugares que tocó de paso, especialmente en la Argentina, Uruguay y Chile en donde fué recibido con señaladas pruebas de consideración y cariño.

Su llegada á Quito fué motivo de tan espontáneos y generales regocijos, que no nos equivocamos al decir que es la mejor entrada triunfal que ha presenciado esta hermosa hija del Pichincha.

En lo político; el Ilmo. Sr. González

Calisto ha concurrido á varias Legislaturas ya como Senador, ya como Diputado, y en todas ellas ha lucido así por su palabra fácil y persuasiva, como por sus conocimientos variados y profundos, correspondiendo siempre de la manera más satisfactoria á la confianza de sus electores.

Quiera el Cielo que las fiestas que celebremos sean el principio de una éra más tranquila y feliz para nuestro Prelado!

Que la Providencia Divina premie con mano dadivosa sus virtudes y que, libre ya de amarguras y sinsabores, continúe, como diestro piloto, manejando la nave que Dios le tiene encomendada.

F. I. Salazar G.

Quito, Diciembre 20 de 1901.



DISCURSO

del Sr. D. Francisco Chiriboga Bustamante

Ilmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo:

Venerable Cabildo Metropolitano:

Respetables Señoras y Señoritas:

Señores:



LENO de satisfacción y de entusiasmo he venido hoy á ocupar esta tribuna: no porque abrigue la infundada pretensión de creerme competente para dirigir la palabra á tan selecta concurrencia, sino porque vengo á cumplir con un sagrado y patriótico deber, el mismo que ha motivado esta respetable reunión y que ha preocupado en estos días, con justicia, á la culta sociedad ecuatoriana.

He subido, pues, á este honroso lugar, sin más títulos que el de una sincera amistad y el de un verdadero patriotismo; sin más ejecutoria que la de ser admirador del esclarecido mérito, y sin más voces de aliento, que las que me prodigan en estos solemnes instantes vuestra exquisita cultura y vuestra benevolencia.

Y ¿cuál es el motivo que tiene congregada en este recinto á la parte florida de nuestra sociedad? . . . Muy bien lo sabe cada uno de vosotros y no necesitaría expresarlo: es la celebración del vigésimo quinto aniversario de la gloriosa fecha en que nuestro benemérito Prelado, el Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Pedro Rafael González y Calisto recibió su consagración episcopal.

Los pueblos están en la estricta obligación de honrar á sus hombres prominentes cuando la ocasión lo demande, porque, como se ha dicho muy bien: país que no ensalza á sus grandes hombres, no los tendrá en lo sucesivo. Y esta obligación es todavía más ineludible cuando, como sucede en las presentes circunstancias, no se trata de tributar elogios á un personaje de quien pudiera creerse que aspiramos en recompensa beneficios temporales; sino que se dirigen á un dignísimo Apóstol de la Iglesia, de quien, por el carácter mismo que inviste, no podemos esperar otra cosa que la gratitud y el recuerdo que haga de nosotros en sus fervientes oraciones.

Con sobrada razón celebran las Naciones las gloriosas fechas en que sus heroicos antepasados empuñaron la pluma ó la espada para conseguir, por medio de ellas, su anhelada independencia; con razón recuerdan con orgullo los memorables días en que sus abnegados hijos sacrificaron sus vidas, para defender la integridad y honor nacionales, contra los ataques de sus injustos agresores; pero con razón también, festejamos los católicos el onomástico, por decirlo así, de aquellos solemnes momentos en que un virtuoso Ministro de la Igle-

sia, un compatriota querido, tuvo la dicha de ceñir sus sienes con la mitra episcopal. Porque, ¿qué significa un Obispo más en el seno de la Iglesia?... ¡Ah significa nada menos que una gloria más para el Catolicismo, un nuevo defensor para la Fe, un abnegado Apóstol para la predicación del Evangelio, un nombre ilustre para la Patria, y una columna poderosa sobre la que se ha de sustentar con firmeza el grandioso monumento de la Religión Cristiana!

Nada hay más admirable ni más digno de galardón que la virtud, por lo mismo que es tan difícil poderla practicar. Y si ella se acompaña de una sólida ilustración, de una clara inteligencia y de otras mil cualidades para adornar á una persona, como sucede precisamente con nuestro dignísimo Prelado, le hacen acreedor no sólo á nuestro altísimo respeto, sino también á nuestra veneración. Sí, señores, á nuestra veneración: porque la virtud, como que es el emblema de la heroicidad, de la abnegación y del sacrificio, el sometimiento voluntario y permanente á los sublimes preceptos del Evangelio, engrandece de tal modo al corazón que la lleva consigo, que atrayendo sobre sí la admiración de los demás hombres, aun de los que no militan bajo las banderas del cristianismo, le colocan en una esfera incomparablemente superior.

Vencer en los campos de batalla contra heroicos enemigos que agotan sus esfuerzos para obtener los laureles del triunfo, es, verdaderamente, ardua y asombrosa empresa; merecer la palma en las luchas del pensamiento en las que se guerrea con la palabra ó con la

pluma, y en las cuales se trata de apoderarse del inexpugnable castillo de las convicciones ajenas, es mucho más honroso y difícil todavía; pero alcanzar la victoria en la constante y fatigosa lucha con las propias pasiones, es, sin duda alguna, ascender á la cumbre del más admirable de los heroísmos, pisar el último peldaño en el sendero de la verdadera gloria y hacerse merecedor á la envidiable corona de la inmortalidad.

Hay más: las culminantes hazañas de los héroes en los campamentos, á pesar de que mercedamente atraen sobre sí las alabanzas de los siglos posteriores, al ser comparadas con las que practican algunos seres privilegiados en el seno del catolicismo, se ofuscan y pierden su esplendor; sucede con ellas, lo que con las estrellas del cielo al declinar la tarde, que mientras el sol se encuentra en el horizonte, permanecen ellas sin brillo ni claridad, y solamente lucen su brillantez al ocultarse aquel tras la cima de los montes.

La Providencia divina en sus altos é inexcrutables designios ha dotado en ocasiones á los pueblos con varones ilustres por su santidad, para que los dirijan con sus consejos, los ilustren con sus enseñanzas, los edifiquen con su ejemplo, los consuelen en sus tribulaciones exhortándolos á la resignación y hagan descender sobre ellos las bendiciones celestiales. Tal ha sido para el Ecuádor nuestro actual dignísimo Prelado. ¿Quién de nosotros no ha escuchado en repetidas ocasiones su palabra sembrada de consejos evangélicos? ¿Quién no ha oído de sus labios frases consoladoras cuando algún infortunio inevitable ha tocado las

puertas de su hogar? ¿Quién ha podido levantar la voz contra la severidad de su conducta? . . . Ni aun sus gratuitos enemigos se han atrevido á empañar en lo más mínimo el brillo de sus virtudes; y ésta es, á no dudarlo, la prueba más irrefragable de que en su vida no ha tenido mancha. ¡Ah!, cuán verdadera y profunda es aquella idea lanzada, hace poco, por un insigne orador: “los enemigos son los que construyen el pedestal de gloria para los grandes hombres”!

Y ¿qué decir de su modestia? . . . El Ilmo. Sr. González y Calisto ha desempeñado con lucimiento las más altas dignidades de la Iglesia Ecuatoriana, hasta llegar á la silla que hoy tan merecidamente ocupa; en el último Concilio Latino-Americano fué uno de los miembros más distinguidos y recibió en la Capital del Orbe Católico especiales manifestaciones de consideración y aprecio, y actualmente es uno de los candidatos de la América del Sur, para ser condecorado por la Santa Sede con el capelo cardenalicio. ¿No eran éstos motivos suficientes para que la soberbia hubiera querido sentar sus reales en tan levantado corazón? ¿No eran causas justas para envanecerse, si es que la vanidad puede tenerlas? . . . Pero, no: él representa en el hermoso vergel ecuatoriano á la violeta, la cual, como símbolo exacto de la modestia, se oculta entre las demás flores sin pretender elevarse sobre ellas; mas, á pesar de esto, es apreciada y cultivada en todos los jardines por su delicioso perfume.

De esta manera podría ir manifestando una por una todas las bellas cualidades de que se halla enriquecido, pero prefiero sintetizarlas

en gracia de la brevedad. Acendrada virtud, sin fanatismo; humildad, sin hipocresía; ciencia, sin ostentación; talento, sin preponderancia; suavidad, sin condescendencia; dulzura, sin indignidad; prudencia, sin desatino: he aquí, en mi concepto, los méritos culminantes del Ilustre Jefe de la Iglesia Metropolitana.

Creo, fundadamente, por las consideraciones que acabo de exponer, que cuando la posteridad escriba nuestra historia contemporánea, colocará al Ilmo. Sr. González y Calisto entre los Obispos más distinguidos por sus elevados merecimientos, entre los que no sólo han honrado y honran en la actualidad al suelo donde nacieron, sino que han sido además la gloria del catolicismo en general.

Aceptad, Ilustrísimo Señor, estas breves palabras nacidas de una alma joven, pero apreciadora de vuestros relevantes méritos, y estad seguro de que esta manifestación que os hace ahora la flor y nata de la sociedad quiteña, será en lo sucesivo un verdadero timbre de honor para nuestra Patria.

DISCURSO

del Sr. D. Miguel Salvador González

Señores:



ADME licencia, os ruego, para hablar yo también en esta fiesta vuestra y mía y doblemente mía, porque á los lazos del espíritu que me unen á mí como á vosotros al Metropolitano de Quito, se añaden los estrechísimos de la sangre que por naturaleza me atan á él con los de un respetuoso y encendido afecto. No quiero hablar para hacer elogios á Monseñor González Calisto, no; pues mis elogios en este caso serían como pronunciados por sus mismos labios.

Al ver lo que habéis hecho en esta fiesta, quiero hablar para deciros que sois dignos hijos de esta noble y católica ciudad, que vuestros corazones son tan hermosos como nuestro cielo, vuestros pensamientos tan altos y encumbra- dos como nuestros montes y vuestros afectos encendidos como los rayos que calienta nuestra zona.

Siendo hermano vuestro, algo debo tener de vuestras virtudes: vosotros sois agradecidos, y siento en mi seno bullir la gratitud á vosotros por todo lo que habéis hecho para honrar

al Prelado en este día aniversario del quinto año de su consagración episcopal. Yo sé que no sois injustos; y estas singulares muestras de amor que le habéis dado hoy, me convencen de que á juicio vuestro Monseñor González lleva dignamente la mitra sobre su frente; porque, si tal no lo creyereis, vosotros, respetándole en todo caso como á Obispo, os habríais cuidado de tributarle honras no merecidas, porque os hubieran parecido viles adulaciones.

Permitidme, Señores, que también como tributo de justas afecciones y como en pago del importante papel que como miembro de familia Monseñor González ha desempeñado en el hogar, haga trascendental sus virtudes practicadas, en ese centro en donde Dios, se manifiesta más generoso, dándonos dignos ejemplares que imitar. En el hogar es donde se le conoce al hombre tal cual es, en donde tienen más aquiescencia las virtudes del ejemplo, la bondad, la caridad, la justicia y allí es donde le hemos visto á Monseñor González, como la personificación augusta del amor á la familia, con la dulzura de su alma noble, con ese conjunto de dotes sociales, que hacen al hombre amable para con todos; allí es donde haciéndonos comprender claramente que el cristianismo se resume en la palabra amor y caridad, nos ha hecho amarnos los unos á los otros, persuadiéndonos que la única nobleza es la de los corazones y entendimientos que se elevan hacia Dios; y finalmente con el ejemplo nos ha hecho acatar la voluntad Divina, cuando inopinadamente la vida de seres queridos ha sido cortada por el filo de común guadaña.

Quien así, pues, ha tenido siempre para todos el corazón de un padre, es natural que en este tan solemne día tenga público testimonio de nuestro amor y gratitud. ¿Quién hallará vituperable el que os amemos? ¿quién se sorprenderá por esto?

Nuestro amor os desea, Ilmo. Señor, lo que deben desear cuantos os aman: que continuéis siendo el Pastor bueno y solícito de vuestra Grey; que tengáis paz, la verdadera paz del alma; que no vuelvån á cernirse sobre vuestra cabeza negras tempestades; que vuestro corazón de padre no sea herido por manos parricidas; que el amor de vuestro Clero y feligreses os haga feliz, porque entiendo que no hay felicidad para un Obispo que ser amado y amar á sus hijos buenos ó malos; y que vuestro nombre pase á la posteridad limpio, claro y resplandeciente.

He dicho.

DISCURSO

del Sr. Dr. D. Francisco Ignacio Salazar,

ABOGADO.

*Ilmo. y Rldmo. Sr. Arzobispo,
Venerable Cabildo Metropolitano,*

Señores:



El humo se desvanece á medida que asciende; á proporción que se eleva la virtud, con solidez mayor se condensa.

Hombres se ha visto ilusión de unos, esperanza de otros, ensueño de no pocos y de todos ellos deseados con frenesí para el bien y la ventura de la Patria.

¡Qué de desengaños! debido á la suma de variadas pero convergentes ilusiones, han dividiéndose con las insignias del poder supremo, no diré sin hacer bienes, lo que es peor todavía, causando males; para éstos la voluntad aleve se basta, al paso que para el bien y la prosperidad son necesarios siempre intención recta y empleo de adecuados medios: intención que no se tiene sin virtud, medios que no se conocen sin estudio; virtud y estudio que dan importancia á los hombres, con estudio y virtudes el hombre no se desvanece como el humo.

Joven aún el Sr. González y Calisto cuan-

do de sus conocimientos en ciencias eclesiásticas había dado solemne prueba en la Ciudad Eterna y obtenido en élla el diploma de Doctor, y luego ocupado aquí la silla Teologal, mediante lucido examen de oposición; hoy 25 años justos á que, dadas además otras pruebas de idoneidad para el ejercicio del sagrado ministerio, se ciñó la mitra que le brilla en la cabeza, y empuñó el báculo que lleva á la mano; mitra de la cual jamás ha empañado el resplandor con algo que viniera á menos su natural nitidez, y báculo ó cayado de pastor que si hoy le sirve de arrimo para apoyo, no de su alma, sí también de su cuerpo que ya principia á rendirse á la fatiga, viene esto después de un cuarto de siglo haberle servido únicamente para, en medio de su rebaño, regir á la grey con el acierto de su ilustrada rectitud y prudente celo, y la apacibilidad propia del que obedece á Aquel que dijo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón".

Señores, seres privilegiados por la Providencia no desaparecen como el humo, luego que se levanta; á medida que suben, más notables se presentan. Ascendió el Sr. González y Calisto al principado de la Iglesia universal hace 25 años, y en él hoy no ocupa lugar entre los últimos: la insignia pontifical que de los hombros le viene al pecho, indicando nos está que, en justicia, es suyo el primer puesto en la Iglesia ecuatoriana.

Contemplémosle; y si no tenemos valor para envidiarle, no nos falte veneración para al bendecirnos doblar ante él nuestra rodilla: lo habréis visto, no de estrellas, de cruces es la constelación formada para el pecho de los Me-

tropolitanos; son, y deberán siempre ser, discípulos verdaderos de Jesús.

El incrédulo es un ciego que anda á tientas, y como no ve nada en todo tropieza, ha dicho un amero escritor; pues esos discípulos le dan vista y si ha caído le levantan. Cuando se ciegan los ojos de la fe, luego al punto se quedan sordos los oídos del corazón, ha sentido otro no menos notable; pues ellos, dando luz sobrenatural á tales ojos, restablecen á esos oídos su natural perspicacia; finalmente, para no dar en difuso, un tercero tiene expresado: No sólo es la herejía escuela del error, eslo también de todos los vicios; pues esos discípulos la atacan, para dejar á la verdad sin nada que se la contraponga, y deleitarnos con la germinación, las flores y los frutos de las virtudes sobre los vicios pulverizados por evangélicas faenas.

Peró quizá divago. No es hoy la ocasión en la cual deba yo entrar en consideraciones de esa especie, me observaréis acaso. Os contaré: tampoco, atentos los días que alcanzamos, son extrañas mis reminiscencias al noble y justo fin con que nos hallamos reunidos; y unidamente, á pesar de los enemigos de nuestra unidad sacrosanta, y de los atentatorios medios empleados por éstos para romperla y acabar con élla.

Tenemos aquí al Jefe de los combatientes por la causa de Dios, aprovechémonos de sus enseñanzas y sabremos lo que para no perderlos no debiéramos ignorar; sigámosle, es nuestro guía, y no nos desviaremos de la senda que conduce á la gloria; obedezcámosle y la campaña haremos cual corresponde á quienes militan con bandera celestial; lidiemos bajo su di-

rección las batallas de la vida, y laureles verdaderamente inmarcesibles embellecerán, en breve, nuestras frentes.

Y Vos, Ilustrísimo Prelado, elevad vuestras manos, que el Espíritu Santo confortará á sus nuevos soldados en la marcha acelerada y sin acampar que seguimos sobre la tierra; hablad desde el lugar que El os ha erigido, y os sentiréis, cual en otras ocasiones, inspirado; ocupad la prensa, como soléis, y vuestra palabra autorizada se hará oír en el mundo: "Os daré por límite los límites de la tierra," dice el Todopoderoso.

Nada os arredre:—No temo sino á los que no temen á Dios, ha dicho un sabio, sabiamente. Es verdad, esos malhadados no se hallan de nosotros muy lejanos; pero Vos decís á diario y con fundamento preferible: *Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero*; y para todos, no alguna vez, al poner incienso en el incensario: *Incensum istud á te benedictum, ascendat ad te, Domine, et descendat super nos misericordia tua*. Por manera que, según vuestra plegaria, que sube como el incienso, el humo que hacéis en el altar con vuestras manos no debe disiparse ni á inconmensurable altura, sino obtener que sobre nosotros descendan en cambio las misericordias del Señor. ¡Sacerdocio católico, bendito seas!

POESIA

del Sr. Canónigo Dr. D. J. Joaquín Borja Y.

UNA LAGRIMA

AL ILMO. Y RMO. SR. DR. D. PEDRO R. GONZALEZ CALISTO
DIGNISIMO ARZOBISPO DE QUITO,
EN EL XXV ANIVERSARIO DE SU CONSAGRACION EPISCOPAL

Permitid que del pecho
Broten humildes y sencillas flores;
Permitidme que en lágrimas deshecho
Cante yo tus loores,
Si participe fuí de tus dolores.

Mi palabra modesta
Sin lujo de buscadas armonías
Cante en la hermosa fiesta
Las castas alegrías
De estos tan bellos y solemnes días.

Si en las horas de llanto
La lira estaba muda, estaba rota,
Hoy resuena mi canto
Y de mi pecho brota
De esta fiesta de amor la última nota.

Cuando tu mano pura
Hoy la víctima santa al cielo alzaba,
Una lágrima oscura
Tu mejilla surcaba,
Y en la divina sangre se mezclaba.

Fué del pesar la ofrenda;
Fué el tributo que pagan los dolores
Al cielo; en esta senda
Terrenal, nuestras flores,
Solo brillan del llanto á los fulgores.

Cual poderosa lente
Hízote ver al Dios tres veces santo
Esa lágrima ardiente. . . .
¡Solo al través del llanto
Vemos del cielo el inefable encanto!

Lágrima silenciosa
Con la divina sangre entremezclada;
Ella, ofrenda preciosa
De tu alma atribulada,
Será diamante en la eternal morada.

¡Lágrima silenciosa,
De perdón y de amor palabra ardiente;
La turba ignominiosa
De la enemiga gente
En ella tenga del perdón la fuente!

Ella de la amargura
Pasada, es el emblema misterioso;
En la balanza pura
Del Todopoderoso,
Valor tendrá esa lágrima, precioso.

Yo, sin ser atrevido
Como hijo cariñoso y reverente
Tembloroso te pido
Que una lágrima ardiente
Vaya á empapar tu bendecida frente.

Y al bañarte en mi llanto
Suban por tí mis lágrimas al cielo,
Y que el Dios sacrosanto
Sea en el triste suelo
La fuente del amor y del consuelo.

Diciembre 27 de 1901.

DISCURSO

del Sr. D. Virgilio Drouet.

Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo,

Señores:



GRAN día es este para los ecuatorianos. Está lleno de votos de paz y alegría para los católicos fuertes que se ven perseguidos por las adversidades y atribulados por el desconsuelo; está lleno de bendiciones para los que, menos amagados por el sufrimiento y menos confundidos por las lágrimas, aún mantienen aferrada al verdadero puerto el áncora de la esperanza; está lleno de súplicas y ruegos en favor de los corazones tibios ó cobardes y hasta de plegarias en favor de los corazones desdeñosos y perversos.

Gran día es este para la patria y los patriotas, porque en él se han elevado innumerables preces por la ventura del Ecuador y por el legítimo progreso y la sana tranquilidad de los ecuatorianos.

Todos los pueblos que viven en torno de esa raza de gigantes de piedra que llamamos Andes; todos los pueblos que se extienden desde el Pacífico hasta el Amazonas, debieran palpitare de júbilo hoy día, y conmovidos en toda

su extensión, desbordar sus misteriosos elementos de vida y dejar que se agolpen al seno de la patria, para disfrutar de lo que en esta noche sentimos nosotros. Así también en los momentos de gozo, la sangre de todo nuestro cuerpo se precipita y se arroja al corazón.

¿Cuál será el ecuatoriano, el hermano querido nuestro que se juzgue desligado de nosotros en estos instantes y ageno á la fiesta que celebramos?

La fiesta del Jefe de la Iglesia ecuatoriana, no es la fiesta de un solo individuo: es la fiesta de todo ese pueblo católico que se llama Ecuador.

Las antorchas de las grandes fiestas no se pueden encender en recintos estrechos; y el gozo que siente en el mejor de sus días un padre de familia, es necesario que se difunda sobre las entrañas de todos sus vástagos y brille sobre la tez de sus más lejanos renuevos.

Hé ahí lo que yo llamo un signo de inequívoca felicidad en la vida en general.

Aquí, junto á nosotros debieran estar todos los católicos del Ecuador; debiera estar el Ecuador entero; mas, aunque no han faltado en este día esplendor, ni pompa y alegría, debo confesar con tristeza que no están aquí reunidos todos los ecuatorianos.

No lo están.

¿Por qué será?

¡Ay, porque los tiempos son de corrupción y desventura!

La corrupción ha destruído y aniquilado muchos elementos sociales; ha descompuesto aquí, ha desorganizado allá y roído acullá. La desventura tiene ciegas á muchas almas.

Por eso queda como despreciado el salvador influjo de la sociabilidad; por eso, casi ha desaparecido la fuerza que nos inclina á buscar á nuestros semejantes; esa tendencia parecida al *movimiento de agregación* menor que decía el filósofo inglés; ese amor á la uvidad; esa potencia que juntando partes homogéneas, nunca las aglomera, para evitar su infección.

Este mal nos viene de fuera, como de fuera nos ha venido la irreligiosidad y la alteración de las buenas costumbres, pero en él hay, si bien se mira, algo, un cierto germen vicioso que, por desgracia es inherente á nuestro instiuto y carácter nacionales.

Al abandonar, pues, este lugar, á donde hemos concurrido á tributar un homenaje de admiración al perseverante Jefe de la Iglesia ecuatoriana, al solícito Pastor de la grey más perseguida y amenazada; al dejar este sitio casi sagrado ya, por las palabras, pensamientos, votos y afectos que, como veis, acaban de derramar con gallarda prodigalidad, notables oradores y poetas, permítome, Ilustrísimo Señor, y permitidme Señores, declarar ante vosotros una verdad sencilla, facilísima de comprenderse, pero grave por los fines que entraña.

Tres sentimientos diversos se acogen á mi alma en este instante: es el primero, una satisfacción profunda, una especie de orgullo permanente y duradero nacido de la felicidad que he gozado al ver que yo, hijo de una de las provincias más apartadas de mi patria, he tenido la fortuna de venir á rendir tributo de veneración á uno de los varones más hábiles y prudentes entre los Ministros de Dios; y esto no en cualquier oportunidad, no en un día indiferen-

te para el admirable Prelado en cuya presencia estamos, sino en el día más solemne y hermoso de su vida; en el de sus **Bodas de Plata**.

Es el segundo, una complacencia viva que nace de haber concurrido con vosotros á demostrar públicamente que somos cristianos, en horas en que muchos se avergüenzan de serlo.

Y es el tercero y último, un deseo poderoso de ayudar á trabajar por la unión del pueblo ecuatoriano.

La Cruz es el signo de la redención del género humano. El hombre no se purifica sino cayendo de rodillas al pie de la Cruz; y los pueblos no se regeneran sino congregándose y uniéndose en la cima del Gólgota.

Unase bajo la Cruz el pueblo ecuatoriano, y será dichoso; únase, y habrá cumplido una obligación imprescindible, y al mismo tiempo satisfará las ardientes aspiraciones del pastor más amoroso, del padre más justo, del sacerdote más abnegado, del ministro de Dios más severo y prudente y del corazón más patriota y más ecuatoriano también.

He dicho.

SIGLO QUE MUERE

CANTO

AL ILUSTRISIMO SEÑOR DOCTOR

Don Pedro Rafael González Calizto

DIGNISIMO ARZÓBISPO DE QUITO



COMIENZA á agonizar: gigante atleta
Que, en circo polvoroso,
Luhando sin cesar, gra sujeta
Al rival, sin reposo;
Ora, asaz fatigoso,
Cede al fin, y, cansado
Ya de tantas victorias, en la arena
Cae de sus laureles abrumado.
Aun de estupor se llena
Y pugna aún por levantarse fuerte,
Y, en estertor profundo,
Al abrazarse, airado, con la muerte,
Hace temblar, en derredor, el mundo.

¡Expiró el magno siglo! Su grandeza
A rutilar empieza
Del tiempo en las vastísimas regiones;
Que su postrer mirada,
Cual luz de mil blandones,
Dejó la esfera vívida, inflamada.

Siglo de los portentos,
Cual coloso de Rodas,
Dominar se le vió las zonas todas,
Erguirse al éter, domeñar los vientos,
Y, en sublimes inventos,
Conquistador de tí, Naturaleza,
Mostrar doquier el poderoso brazo,
Y, ostentando proeza tras proeza,
Alzarse cual el padre Chimborazo.

A su voz, desde el cielo
Baja eléctrica luz, y ledo el hombre
La sujeta á su anhelo.
Veloz, para que asombre,
En prismas á millares
La descompone, y quiebra, y desbarata,
Y, en lluvia de cambiantes, la desata,
Las tierras y los mares
Alumbrando con nuevos luminares.

¡Sus alas dó no espande,
Como el cóndor gentil, la mente humana?
En duplicar prodigios siempre grande,
Aquí y allá se ufana.
Vaticinó un portento,
Allá, en remota edad, no imaginado,
Y el mundo, de esperanzas halagado,
Le escuchó y quedó atento,
Y contempló después al pensamiento,

A un leve golpe sólo,
Rápido discurrir de polo á polo.
El águila, que emprende
Velocísimo, undívago su vuelo,
Jamás tan rauda hiende
Por las regiones diáfanas del cielo,
Cual la palabra alígera que lleva,
Como cautiva de sutil estambre,
Eléctrico el alambre
Que el orbe aclama maravilla nueva.

Sañaron las naciones
En fantásticas, róseas ilusiones
De burlar el espacio y la distancia,
Y, con ansia anhelante,
Escucharse y oírse en un instante.
El genio, en su constancia,
De inspiración la vista chispeante,
Levantándose ufano,
Trazó á la luz, con poderosa mano,
Desconocido rumbo, y, obediente,
Como á Júpiter Iris luminosa,
La luz, con dedos de brillante rosa,
Tenue tendiendo un hilo,
A la ilusión soñada
En sus mansiones le prestó un asilo,
Y apareció de súbito, bañada
En resplandor la frente,
Un silfo refulgente,
Y el Teléfono fue, cuyos rumores
Nos llegan, cual un canto, halagadores.

Cual un mágico evoca
De en medio las tinieblas del olvido,
A un genio sepultado en el misterio,
Y le llama y provoca,

Y del sopor perenne sacudido,
A irresistible imperio
El evocado salta y le responde,
El Fonógrafo impera soberano,
Y, á sus preceptos, el lenguaje humano
Brotó ya, no se esconde,
Y la voz resucita de los seres
Con asombro entre penas ó placeres.

Al que gime en la ausencia,
Y, triste, el pensamiento á la distancia
Dilata con afán, como la esencia
De conocidas flores,
Cual recuerdo amoroso de la infancia,
Los acentos le llegan seductores
De los seres queridos,
Y, cual música blanda de rumores,
Suspenden y deleitan los sentidos.

Al grandioso monarca
De la montaña andina,
Que, en su vuelo, á las nubes se avvicina,
Y, en su mirar, abarca
De oriente á ocaso la región vacía,
Al cóndor tuvo un día
El genio emulación: raudó despliega
Sus alas de esplendor el pensamiento,
Y, en etéreo navío,
Surca el mortal por el espacio, y llega
Las auras á aspirar del firmamento.
Al ver tal poderío
El cóndor y las águilas guerreras
Huyeron con espanto á otras esferas.

Cual Neptuno potente
Al golpe del tridente,

Hendió la tierra el hombre, y al vecino
Mediterráneo ponto abrió á tus ondas,
¡Oh, Rojo Mar, insólito camino
 Donde humilde te escondas,
Y á rey, más poderoso en sus caudales,
Le rindas, en tributo, tus raudales.
A tal nueva, los genios guardadores
 De tus linfas ¡oh Nilo!
Dicen que, con acentos gemidores,
Huyeron al profundo de su asilo.

Los Alpes, cuya cima
Al hollar con sus plantas el primero,
Su valeroso corazón reanima
Y sus huestes Aníbal, rudo acero
Sintiendo en sus graníticas entrañas,
Es fama que rugieron, y á la herida
 La mole sacudida,
Con horror retemblaron las montañas.
 Como de nueva vida
Févida sangre circular sintieron,
Cuando el vapor, en lo hondo de las rocas,
 Dejó su hálito ardiente,
Y las cavernas retumbar se oyeron.
El Túnel prodigioso abrió sus bocas
Cual inmenso caimán, y, de repente,
 De entre la tierra obscura,
Brotó la luz que vívida fulgura.

Siglo inmortal en materiales galas,
 Y siglo de portentos,
 ¿Dime si á tus inventos
También las glorias de creyente igualas?
 En la altivez y orgullo
De tu invención y ciencias, insensato,
De lores y aplausos al arrullo,

Olvidado de Dios, en arrebató,
De colosal soberbia, con protervo
Desdén, y rudo en injuriar acerbo,
Cual nuevo Lucifer, contra el Potente
También alzaste la altanera frente.

Las grandezas de tu alto poderío,
La hermosura del cielo de tus ciencias,
Has eclipsado, impío,
Con el negror de altivas insolencias.
La negación de escudo, en necias lides
Asomas en el circo sanguinoso,
A luchar con creyentes adalides,
Y la razón por diosa, en tormentoso
Girar, las armas desiguales mides.
Y, si la fe te apremia
A alzar, hasta el Supremo, tu mirada,
Tú, Siglo, gritas con despecho: nada!
Y lanzas sólo estúpida blasfemia.

¡Ni Dios ni ley! engendro del abismo,
De contrapuestas furias al impulso,
Frenético y convulso
A blasfemar salió el Liberalismo,
Heraldo de Satán. En la pupila
Le brillan los enojos,
Y revuelve doquier, fiero, los ojos,
Mientras, cual monte, oscila,
En vaivén espantoso, con amago
De asolación y estrago,
Y su actitud aterra,
Cuando pretende, con dominio aciago,
De polo á polo avasallar la tierra.

¡Libertad, igualdad! mentidos nombres
Con que engañóá los hombsre

El gigantesco hipócrita, moviendo
El mundo en derredor. Sóbrale audacia,
Y, de aparente bien con falso estruendo,
Lleva doquier calamidad, desgracia,
 Y centuplica males,
 Cual las egipcias plagas,
Y abre, en el pecho, á míseros mortales
De error y duda pestilentes llagas.

Como Luzbel, seguido de su bando,
 Tiene, en consorcio infando,
 Al necio Masonismo
De extravagantes ritos, al demente
 Y tétrico Anarquismo,
Cual torrente que, unido á otro torrente,
 Rebosa en la llanura,
Y, como mar asfáltico, en pavura,
De sierra á sierra se dilata hirviente.

Al chocar de esos monstruos, tambalean
 Los tronos de los reyes;
 Como tímidas greyes
Tiemblan los pueblos; con furor serpean
Cual rayos, entre densas tempestades,
 Insólitas maldades,
 Y, en invención maldita
 De crueldades y vicios,
Al estallar la ardiente dinamita,
Retiemblan los sublimes edificios
Y ruedan con estruendo fragoroso.
 En carro sanguinoso
La venganza fatal se gallardea,
 Y llama á las naciones
 A mísera pelea,
Y eterna enciende, en fieros corazones,

De odio y discordia inextinguible tea.
 Infame Briareo,
Con cien aspiraciones, cual cien brazos,
Nada le bastía el criminal deseo.
 En su rencor profundo
Ahogar quisiera con hercúleos lazos
 Al católico mundo,
El solio de la fe vuelto en pedazos.
 Al porvenir expande
 Su vengador anhelo;
Su *puñal de salud* doquiera blande,
Y, en su protervia impía, sin recelo,
Intenta desafiar al mismo cielo.

¡Vano ansiar, triste afán! Lleva consigo
 El mismo su castigo;
 Que á dominar no alcanza
El mundo en su extensión, y la esperanza
 De vasto, único imperio
 Negra se desvanece,
Cual de un soñar las sombras. Un misterio
 Pavoroso le oprime,
Y, á su pesar, se angustia y palidece,
Brumado por lo grande y lo sublime.

Mãgnífico, entretanto, en diez y nueve
Centurias el gran Solio, rutilante,
Como sagrado monte, no se mueve.
 Aun más grandioso asoma,
Firme, encumbrado, en actitud triunfante,
El Prisionero de la eterna Roma,
 El Padre de los fieles,
Agobiada la frente de laureles.
Del imperio católico el monarca,
 Con penetrante vista
El universo, en su extensión, abarca,

Y, en rápida conquista,
Lanza al mundo, en destellos luminosos,
Y voces duplicadas por los vientos,
Grandilocuos acentos,
En resonancia eternos y gloriosos.

Al sucesor de Pedro no contrasta
La tempestad bravía
Que desata la increíble osadía.
El sólo, experto en las tormentas, basta
Su nave á conducir, regio piloto
Que al euro, y al poniente, al cierzo, al noto
Amansa y encadena, y la mirada
Fija en la etérea cima,
Asido del timón, con inspirada
Fortaleza que anima,
Hiende el inmenso mar, tumbo tras tumbo,
Y sigue en cierto rumbo,
Venciendo las borrascas, y el navío
Tiene en el ponto el vasto señorío.

Siglo, que ya no expiras,
Quebrantaron tus furias y tus iras
Sublimes seis monarcas (*)
Ellos, preciados dones
Sacando de sus arcas,
Vigor á los creyentes corazones
Les dieron y pujanza.
En la violenta lucha
Del mal contra los bienes eternals,
De la razón contra la fe, se alcanza
A dilatar su voz, y el mundo escucha
Doctrinas divinales

(*) Los Papas Pío VII, León XII, Pío VIII, Gregorio XVI, Pío IX
y León XIII.

Que brotæn, cual raudales,
Del labio de los Papas, y á su alteza
Se inclina, á su pesar, toda cabeza.

Augusto prisionero
Del domador de reyes y naciones,
Es el Séptimo Pío más severo
Y firme en sus prisiones,
Más grande que su grande Carcelero.
Tras larga lid, á usurpador impío
Cede el Noveno Pío
La ciudad mas no el cetro, y soberano,
Aunque cautivo, queda;
Y el Masonismo, impúdico y tirano,
Y vencedor, debajo de la planta
De su vencido rueda,
Y el Pontífice santo se levanta
Más alto y más brillante entre las cruces
Con que le abruma el Siglo de las luces.

El solo, augusto sabio,
Con inspirado labio
El dogma proclamó de la que brilla
Inmaculada y bella,
Y allá, sentada en diamantina silla,
La segunda destella
Después del mismo Dios, la sin mancilla
Reina que impera entre los nueve coros,
Que la alaban con cánticos sonoros.
Pío, en voz infalible,
Inmaculada la aclamó, y es fama
Que en color apacible
De zafiro y topacios
Y en rósea, viva llama,
Se inundaron entonces los espacios.
Reverberó en el éter nuevo día,

Y nuevo canto en la Sión suprema
Se oyó en jamás usada melodía.
De súbito en el cielo una diadema
Apareció de vívidos diamantes,
Visible al justo y á las almas puras,
Y, tras raudos instantes,
Perdióse, esclareciendo las alturas.

Y hoy, como sol de majestad cercado,
Más grande que su siglo, en occidente,
Astro del cielo de la Iglesia, esconde
El León coronado
De gloria y de saber, la regia frente.
¿Dónde no llega, dónde
Del alto luminar la luz hermosa?
Por mares, montes y ciudades cunde,
Y dóquier se difunde,
Y un pabellón de rosa
Se descubre en la esfera esplendorosa.

¡Mirad la maravilla! está allí dentro,
Más vivo que la púrpura y radiante,
Hermoso un Corazón, de cuyo centro,
Instante tras instante,
De amor un haz de fuego
Está brotando, y luego
Condensado en un foco soberano,
A la vez que le manda
Con timbre sobrehumano,
Reverbera en la frente venérande
Del cautivo feliz del Vaticano.

El sí solo feliz: ruedan pedazos
De cetros y coronas; los imperios
Surgen y desaparecen, y los lazos
De unión rotos en luchas fratricidas,

Entrambos hemisferios
Mudan de faz; movilidad eterna
Da al orbe nuevas vidas,
Y, cual el día con la noche, alterna
El bien con la desgracia.
Todo se cambia y en ensueño vano
Glorias halaga el infeliz humano,
Mientras sólo, al dominio de la gracia,
Y, para burla de soberbio encono,
Estable sigue el trono
Del Cautivo feliz del Vaticano.

León, la mente rica
De inspiración, y el pecho de ternura,
El católico mundo y su destino
Al amoroso Corazón dedica,
Y plácida ventura
El Corazón divino
Anuncia al siglo venidero: el mundo
Puesto en expectación, con esperanza
Y en silencio profundo,
Aguarda el nuevo bien, cual el viajero,
Que, tendiendo la vista en lontananza,
Tras noche oscura de hórrido aguacero,
Anhela ver el matinal lucero.

Su dulce corazón dando por prenda,
Va Jesús, sol de soles, su alma lumbre
A raudales vertiendo entre la senda
Por do sube la Iglesia á etérea cumbre,
Llevando de la cruz la pesadumbre
Y, en las sienes, aureola
De luz, porque ella, como santa y sola
La verdadera y la perenne, sabe
Que aquí la dicha del edén no cabe.

Y aqúeste Corazón, donde palpita
El amor indecible,
Su inspiración bendita,
Como en formas de rayos, apacible,
Sobre los justos lanza,
Y en sus pechos enciende
El plácido fanal de la esperanza.
El Corazón grandioso
Su reinado social tranquilo extiende,
E impera portentoso,
Y, á su vital aliento,
Brotan, de ciento en ciento,
Héroes del Cristianismo,
Miedo y terror del ensañado abismo.

Allá van, cual espada, el crucifijo
Ceñido al muslo, en la alma el regocijo,
La fe en el corazón, los misioneros.
No hay clima ni distancia
Que su anhelar quebranten; son viajeros
Que atraviesan por rudos cambronales,
Acá y allá con sin igual constancia,
Llevando á los mortales
La dicha de los bienes eternals.
De polo á polo, en la extensión que encierra
Vastísima la tierra,
De oriente á ocaso, en montes y ciudades,
En las islas, y bosques, y desiertos,
Del Africa en las vastas soledades,
De la fe resonaron los conciertos,
Y á pueblos olvidados grata nueva
La propaganda espléndida les lleva.

¿La Caridad vestida de sus galas,
Cual serafín sus rutilantes alas
A dónde no despliega?

Salva los horizontes,
Y supera los montes
Y ya al palacio ó la cabaña llega.
Surgen grandes virtudes
Para afrontar del siglo los enconos,
Y, al aliento de fe, pulsan laúdes,
En deleitables tonos,
Mil bardos, y entre bardos, como atleta,
Lucha y canta el Pontífice poeta.

Mientras sangriento, y aterrante, y hosco,
Feroz el Comunismo sembró espanto,
La miseria ensalzó, con dulce canto,
Las glorias de Don Bosco.
El sacerdote heroico el estandarte
De Caridad levanta,
Y, genio tutelar, doquiera parte,
El corazón llevando enardecido.
¡Abnegación que espanta!
Entre leprosos mil encanecido,
Se hace Damián leproso voluntario,
Mientras el mundo voltario
Contempla con asombros
De tanta caridad el alto exceso,
Cuyo divino peso
Nunca el impío soportó en sus hombros.

Y aquí al fulgor de fe reverberante
En almas que se inspiran,
La fortaleza y la virtud se admiran
De la legión constante
Del Clero ecuatoriano. Tú delante,
Príncipe de la Iglesia, desplegando
El pendón de Jesús, con el impío,
Que al sacerdocio santo odia y denuesta,

Luchas con armas de razón, y el bando
Del necio poderío
Contra tan firme resistir protesta,
Y á prueba pone la virtud, y el Clero,
Cual árbol de la mirra, cuando herido,
De su mismo dolor agudo y fiero,
Bálsamo saca luego complacido.

Pastor, triunfaste: el corazón dilata
Al esperar tranquilo: el siglo llega
En que tus Bodas fúlgidas de Plata,
Cuando hermoso Diciembre se repliega,
Tus sacerdotes cantarán y la alta
Ciudad donde naciste, la que exalta
Al humilde virtuoso.
Tú de Jesús al Corazón te estrechas,
Con ese Corazón el venturoso
Te llamas, y desechas
Mundanal alabanza: es tu destino
Esclavo ser del Corazón divino.

También de amor á la encendida influencia
Mi patria pudo un día
Rendirse y consagrarse, en alegría,
Del Corazón de Dios á la excelencia.
¡Mi patria! que alto el grito
La primera lanzó de independencía,
Y aquí, en la reina de los Andes, Quito,
Salva la fe, las leyes
De sus temidos reyes
Rompió y al viento las envió en pedazos.
¡Mi patria! ella los lazos
Cortó de servidumbre.
De libertad sólo ella, entre alma lumbre,
Primogénita fué: como en la audacia

La grande y la primera,
La primera también en el martirio.
Altiva en la desgracia,
Prendió de luz inextinguible cirio,
Que una era tras otra era,
Aun hoy sobre los pueblos reverbera.

La oyeron las naciones;
Y absortas, á su ejemplo,
A otras gentes contemplo
Levantarse y lidiar: bravas legiones
Brotó la tierra, y, en delirio loco,
Acá y allá, doquier, en todas partes,
Desde el frío Aconcagua al Orinoco
Alzan sus estandartes
Juveniles repúblicas; del suelo,
Como de un dios movido, para lides
A millares se encumbran adalides.
Con luminoso vuelo,
Atravesando el cielo,
El Angel de la América una aureola,
Que el iris del espacio tornasola,
A Bolívar ciñó. La magna guerra,
Magna como su siglo, para gloria
Del vencedor y de la madre España,
Dejó sobre la tierra
Hechos, que son asombro de la historia,
Y recuerdos de hazaña tras hazaña.

Entre las libres, púdica, radiante,
Como virgen garrida,
Llena de juventud, llena de vida,
Brillándole la luz en el semblante,
Encumbróse mi patria: en dulce lazo
Coronas de laureles y de lirio

Llevando entretrejidás á su brazo,
La cumbre holló del padre Chimborazo
Y cantó, con Bolívar, su delirio.

Ay! de la patria mía,
Por bella, desgraciada:
Pasó fugaz de su esplendor el día,
Y su esfera, de púrpura bañada,
Tornóse presto en lúgubres colores.
Por peldaños de infamia y osadía
Suben usurpadores
Al solio del poder, y, en odio insano,
Se ve surgir tirano tras tirano.
Ya la traición infanda
Ciñe al audaz inmerecida banda;
Y el pueblo en su demencia,
Para propio castigo
Coloca en la eminencia
A su propio verdugo y enemigo.
Expiando su error, nunca escarmienta,
Y torna á lid sangrienta,
Y soñando en un bien, que nunca alcanza,
Otra vez se apacienta
De ilusiones, halagos y esperanza.

Cual manga diluvial de una montaña,
Que las sierras moviendo, en cataclismo,
Convierte en mar de lodo la campaña,
Llegó el Liberalismo,
Y, hambriento de poder, con rudo amago
De mortandad, y crímenes y estrago,
Sentó su inmundo imperio,
Del Ecuador vergüenza é improprio.

Hipócrita y ruín, falso fingiendo

De libertad feliz bienes tamaños,
Con míseros engaños,
Con dominar horrendo,
Oprimió al Ecuador, siempre rugiendo
Cual tigre enhambrecida.
El templo, el hogar casto,
La choza desvalida
Cual peste infesta en imperar nefasto,
Y ¡horror! por colmo de maldades tantas,
Al santuario acomete,
Y, de sangre en satánico banquete,
Pisa á Jesús con las inmundas plantas.

Amada Patria mía,
Si desgraciada, fuerte,
Luchando sin cesar en el combate
De religión y bien, con bizarría,
La impiedad no te abate
Y triunfas de los hijos de la muerte.

De en medio los horrores,
Por entre los estragos y pesarès,
Como el hijo de Anquises á sus lares
Salvó de entre el incendio y sus furores,
Has salvado tu fe. Por tus azares
Y constancia, Ecuador, áurea corona
El Corazón de Dios te galardona.

Ecuador, Ecuador, patria querida,
Do corrieron las olas de mi vida,
Vecino ya á la tumba,
Donde el aliento del olvido zumba,
Pído al Señor que, de su luz, despida
Sobre tu frente un rayo placentero,
Y el siglo advenidero

De feliz y creyente te dé el nombre.
Alúmbrete la fe no indeficiente,
Y las ciencias y el arte alto renombre
Te den, de gente en gente.
 Este postrer anhelo
El corazón agita, y alza al cielo,
 Medio convulsa y rota
 La postrimera nota
De este, que baño en llanto,
De viejo trovador último canto.

Quintiliano Sánchez.

Escrito de prisa el discurso del Sr. Dr.
Dn. Carlos R. Tobar, ha creído el autor no
digno de ser publicado.

DISCURSO

del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo

Señores y Señoras:



No hay sentimiento más noble, más generoso, más enérgico y á la vez más universal que el que nos inspira el suelo que nos vió nacer. Sagrado es el amor á la Patria, dulcísimo su nombre y reverenciado desde los siglos más lejanos. El es el astro benéfico de la sociedad, la fuente inagotable de la prosperidad de las naciones, la gloria y el consuelo de la humana familia. Ningún hombre pensador y religioso puede ignorar que si nuestros primeros pensamientos y afectos deben dirigirse á la Patria celestial, no es sin embargo, indigna de nuestras solicitudes y de nuestro interés la Patria que Dios nos ha asignado sobre la tierra. Y puesto que el hogar en que hemos nacido es el manantial de todos los bienes que gozamos, es claro que comprende todo el afecto que uno experimenta hacia sí mismo, hacia los parientes y amigos, en una palabra, todo lo que se relaciona con nuestro particular provecho.

A la sombra de las leyes sagradas que la Patria nos manda respetar, las ciencias, las artes, el comercio, la industria, el progreso universal, todo se promueve, se aumenta y consolida. Pero es preciso confesarlo, el bienestar y la felicidad de la Patria, tienen su fundamento en la obediencia á la autoridad legítimamente constituida, y en el respeto y acatamiento á la Religión. Sin esta base, serían estériles todos los esfuerzos que se intentaran para asegurar su grandeza y felicidad.

Vuestra presencia, Señores, en este recinto atestigua lo uno y lo otro, esto es, que fieles á la religión que nos legaron nuestros padres, católicos no sólo de nombre, sino prácticos, en la persona de vuestro Prelado reconocéis al representante del Divino Fundador del Catolicismo en nuestra Patria. Como prueba de esto, he aquí como á porfía habéis venido á tomar parte en esta fiesta que llamarse pudiera Nacional. Aquí están los representantes del Cabildo Metropolitano, es decir, los que constituyen mi Senado, los consejeros natos del Prelado; aquí los representantes de los Capítulos Catedrales de las otras diócesis que forman la Provincia Eclesiástica del Ecuador, aquí los Vicarios Foráneos de la Arquidiócesis, que cada uno representa las parroquias que constituyen el Clero Arquidiocesano, á estos Sres. Ministros del Altísimo en la velada que tuvo lugar ayer en el Seminario Menor, de un modo especial les expresé mi gratitud. Hoy después de haber oído los magníficos discursos de los acreditados literatos que los han pronunciado; las melodiosas poesías que á guisa de canto de ruiseñores han deleitado nuestros oídos; la encan-

DISCURSO

del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo

Señores y Señoras:



O hay sentimiento más noble, más generoso, más enérgico y á la vez más universal que el que nos inspira el suelo que nos vió nacer. Sagrado es el amor á la Patria, dulcísimo su nombre y reverenciado desde los siglos más lejanos. El es el astro benéfico de la sociedad, la fuente inagotable de la prosperidad de las naciones, la gloria y el consuelo de la humana familia. Ningún hombre pensador y religioso puede ignorar que si nuestros primeros pensamientos y afectos deben dirigirse á la Patria celestial, no es sin embargo, indigna de nuestras solicitudes y de nuestro interés la Patria que Dios nos ha asignado sobre la tierra. Y puesto que el hogar en que hemos nacido es el manantial de todos los bienes que gozamos, es claro que comprende todo el afecto que uno experimenta hacia sí mismo, hacia los parientes y amigos, en una palabra, todo lo que se relaciona con nuestro particular provecho.

A la sombra de las leyes sagradas que la Patria nos manda respetar, las ciencias, las artes, el comercio, la industria, el progreso universal, todo se promueve, se aumenta y consolida. Pero es preciso confesarlo, el bienestar y la felicidad de la Patria, tienen su fundamento en la obediencia á la autoridad legítimamente constituida, y en el respeto y acatamiento á la Religión. Sin esta base, serían estériles todos los esfuerzos que se intentaran para asegurar su grandeza y felicidad.

Vuestra presencia, Señores, en este recinto atestigua lo uno y lo otro, esto es, que fieles á la religión que nos legaron nuestros padres, católicos no sólo de nombre, sino prácticos, en la persona de vuestro Prelado reconocéis al representante del Divino Fundador del Catolicismo en nuestra Patria. Como prueba de esto, he aquí como á porfía habéis venido á tomar parte en esta fiesta que llamarse pudiera Nacional. Aquí están los representantes del Cabildo Metropolitano, es decir, los que constituyen mi Senado, los consejeros natos del Prelado; aquí los representantes de los Capítulos Catedrales de las otras diócesis que forman la Provincia Eclesiástica del Ecuador, aquí los Vicarios Foráneos de la Arquidiócesis, que cada uno representa las parroquias que constituyen el Clero Arquidiocesano, á estos Sres. Ministros del Altísimo en la velada que tuvo lugar ayer en el Seminario Menor, de un modo especial les expresé mi gratitud. Hoy después de haber oído los magníficos discursos de los acreditados literatos que los han pronunciado; las melodiosas poesías que á guisa de canto de ruiseñores han deleitado nuestros oídos; la encan-

tadora música y canto que parece nos han trasladado á otras regiones; con mi espíritu rebo-
sando de gratitud para con los promotores de
esta fiesta jubilar y al mismo tiempo con mis
fuerzas debilitadas por las fatigas del día de
hoy, les tributo mis más efusivas gracias por
todo lo que han hecho con mi humilde perso-
na, esperando que Dios que dijo: *los que á vos-
otros os honran á mí me honran*, os recompen-
sará por mí.

